

Los siete de Valbenoîte

H. Javier Marquinez

—No estamos satisfechos. Queremos algo más.

De esta manera había terminado su intervención el mayor del grupo, un hombre todavía joven que rondaba la cuarentena, y que parecía hablar en nombre de sus compañeros. Le había explicado al Padre Coindre que ese grupo de hombres había decidido reunirse en aquel monasterio semi abandonado de Valbenoîte, bajo el cuidado y la responsabilidad del Padre Rouchon, el párroco de la iglesia que estaba pared con pared a la sala donde se encontraban reunidos. Pero el grado de compromiso que habían asumido, a pesar de ser importante, no les parecía suficiente, querían algo más.

—Me alegra que me diga eso —respondió Coindre—, porque significa que Dios tiene proyectos más importantes para todos ustedes. Creo que ya han puesto en juego casi todo lo que tienen, ahora hace falta dar el paso definitivo; Dios les está pidiendo que apuesten el resto, todo lo que les queda.

No podemos hacer eso Padre Coindre —replicó Víctor Guillet, que así se llamaba el que llevaba la voz cantante—. Todos los que estamos aquí tenemos responsabilidades a las que debemos atender. Yo mismo tengo una hija de diez años que ahora está en un convento con su tía. Antoine —dijo indicando a un joven rubio y de complexión fuerte que estaba sentado a su lado—, trabaja con su padre en una fábrica de cordones que es de su propiedad. Y todos los demás tienen sus trabajos y sus vidas hechas en esta ciudad.

El rubio asintió. También el resto de hombres que se estaban sentados en los improvisados asientos de la sacristía o apoyados en los muebles de nogal de incontables cajones que guardaban viejas casullas y pobres recipientes destinados para la misa y los oficios litúrgicos: eran los restos del pillaje que las iglesias, aquella también, habían sufrido durante la Revolución.

—Yo comprendo lo que usted me dice —replicó el Padre Coindre—, pero es posible que este sea el momento de sus vidas en el que no hay que echar la vista atrás, cuando hay que quemar las naves, donde es preciso mirar a las estrellas.

Se hizo el silencio en aquella destartada sala. Entre los presentes también estaba el Padre Rouchon, el sacerdote que había comprado la antigua abadía y que había conseguido reunir a aquellos jóvenes comprometidos con las obras de caridad de la parroquia. Rouchon era un hombre todavía joven que vestía la sotana negra de los curas franceses. Aunque durante la Revolución había formado parte de los curas juramentados y firmado la constitución civil del clero, ahora se había reintegrado a la obediencia al Papa y era un buen sacerdote, muy apreciado por sus vecinos:

—Yo creo que al Padre Coindre no le falta razón. Ustedes andan buscando el modo de entregar su vida al Señor y la oferta de este misionero puede ser una buena oportunidad.

—¿Y cuál es la oferta? —preguntó desde el fondo de la sala el más joven del grupo.

—Tengo unos muchachos recogidos en una pequeña providencia de Lyon—replicó Coindre—. Son chicos recién salidos de prisión a los que nadie quiere recibir ni educar, incluso ofreciendo un buen dinero en contraprestación.

—Pero supongo que en esa providencia tendrá usted maestros y gente que se ocupe de ellos —dijo con consecuencia lógica Víctor Guillet.

—Efectivamente —respondió Coindre con prontitud—. Tengo varios empleados, trabajadores de la seda y un par de muchachos que cuidan a los chicos. El problema es que los empleados, a pesar de ser gente sana y valiosa, no pueden enseñar la palabra de Dios, entre otras cosas porque no la conocen. Y este es el asunto central, es lo único no negociable: la principal finalidad de esta obra es acercar a Dios a los jóvenes, y que los jóvenes se acerquen a Dios.

—Sí, eso está bien, ¿pero cuál es la oferta? —volvió a repetir el mismo joven de antes, tras un silencio que se había hecho demasiado largo al terminar las palabras de Coindre.

—Les ofrezco la oportunidad de su vida, el mejor premio que ustedes pueden recibir; les ofrezco dejar todos sus bienes, venderlos y dar la cantidad a los pobres, para seguir al maestro que nos promete el ciento por uno y después la vida eterna. Les ofrezco formar una familia religiosa con sus compañeros y hermanos, donde lo importante no serán los lazos de la carne ni de la sangre, sino los del espíritu y la verdad. Les ofrezco la vida y el futuro de los jóvenes que estarán bajo su protección. Muchos están despistados o perdidos para siempre, pero ahí estarán ustedes para encontrarlos y llevárselos a Dios, que es el dueño y hacedor de nuestras vidas y al que tienen que volver todos los corazones.

La luz de aquella mañana de mayo se filtraba por los altos ventanales de arcos góticos que daban al claustro. Los haces luminosos revelaban pequeñas partículas donde también habían quedado en suspensión las palabras que acababa de pronunciar el Padre Coindre, colgadas en el aire como si ya fueran los frutos que aquellos hombres anhelaban para sus vidas. El sacerdote había quedado de pie frente a su pequeño auditorio con las brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas hacia arriba, como en un gesto que quería recoger la cosecha que iba a venir del cielo, y que no se hizo esperar.

—Quiero, con la gracia de Dios, ser hermano del Sagrado Corazón —dijo Víctor Guillet con determinación—. Estaré en Lyon con usted el próximo mes de septiembre.

—Yo también —dijo con voz rotunda Antoine, sin pensar siquiera en lo que le iba a decir su padre, al que iba a dejar solo con la fábrica— También estaré en septiembre en Lyon.

Lo mismo fueron repitiendo, uno a uno, los siete hombres de Valbenoîte, que de esta manera se comprometían para comenzar su vida religiosa en esa pequeña congregación que ya ardía, en las palabras de su fundador, antes de su nacimiento.

De vuelta a la iglesia, donde iba a predicar por la tarde, andando alegremente por aquellos caminos campestres recién estallados en flores con la llegada de la primavera, el Padre Coindre daba gracias a Dios, porque su gran proyecto estaba a punto de echar andar.